

CANCIONES DE LABOREO Y VAQUERIA

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Las canciones de laboreo, propias de todos los pueblos agricultores, tienen hermosas muestras en el riquísimo folklor del litoral Atlántico. La circunstancia que tales cantos se encuentren generalizados allí y que sepamos, en ninguna otra región del país, nos obliga a pensar en las posibles causas determinantes de este fenómeno.

Se sabe que las canciones de laboreo son muy propias de los pueblos africanos y que los esclavistas y dueños de plantaciones se valían en América de ellas para aumentar la productividad del trabajo de los esclavos. Al ritmo de uno o varios tambores, se les obligaba a realizar las faenas de laboreo en las plantaciones de tabaco y caña, o bien, en las construcciones de murallas, como aconteció en Cartagena. La práctica de cantos durante las faenas agrícolas o en el cargue y descargue de barcos, es muy usada a todo lo largo del Magdalena, en los puertos del Atlántico y en las regiones campesinas. Muchas veces el canto se limita a ciertas expresiones guturales que se repiten monótonamente por los cargadores en fila, cuando reciben el peso de un bulto o de un racimo de banano. Igual cosa sucede entre los agricultores, que acompañan cada golpe de machete o de hacha con un peculiar pujido o con grito. Tales expresiones, individuales o colectivas, son formas degenerativas de canciones de laboreo usadas en otros tiempos.

Al lado de tales cantos rudimentarios, encuéntrase las Zafras usadas por los campesinos de las Sabanas de Bolívar, en otras regiones de ese Departamento y de Córdoba. Cada lugar tiene su modalidad, pudiéndose distinguir fácilmente por la entonación, la melodía y la costumbre de acentuar la cadencia de algunos versos. Las Zafras sabaneras se construyen en cuartetos, en tanto que las canciones de laboreo entre las regiones mulatas de Bolívar —Palenque, María La Baja, Sincerín, etc.— recurren a

la décima, sin que sea extraño encontrar lugares donde se hallen trastrocados unos y otras.

Entre todas ellas se destaca la Zafra de las Sabanas de Bolívar por las calidades que ha de requerir la voz del cantante, la difícil modulación y la inspiración de la copla. Habitualmente los campesinos las cantan ayudándose en el trabajo de desmonte o recolección. Al terminar un cantador, inmediatamente le responde el otro con sentido de rivalidad, muchas veces improvisando sobre un mismo tema. Cuando son cantadas en la faena agrícola, el argumento versa casi siempre sobre la vida del labrador, sus fatigas, sus ilusiones, sus desengaños y alegrías.

En las Sabanas de Bolívar, las Zafras se han extendido también a la labor de excavar las sepulturas. Se acostumbra allí enterrar a los muertos a grandes profundidades —cuatro o cinco metros— y se congregan en estas faena los amigos y parientes del finado. Durante la excavación se establecen rivalidades exaltando la labor de quien sea más presto y forzado en cada palada de tierra. Acompañan esta tarea con el canto de Zafras que también tiene carácter de piquería, rivalizando en el mayor ingenio de improvisar la copla. En estos casos la temática debe ser la muerte, de aquí que nosotros la denominemos con el nombre de Zafra funeral.

A este mismo género folklórico corresponde las canciones de vaquería. Los vaqueros, como todos los pastores de rebaño, utilizan el canto para apaciguar el ganado, sobre todo, cuando estos se ven sometidos a grandes jornadas a través de las llanuras bajo el sol inclemente. Las reses sedientas, al husmear apartados jagüeyes o la ribera de un río, tienden a desbandarse, y entonces la copla del vaquero amaina su ansiedad. También se le entona en la madrugada, cuando llega el momento del ordeño y con su canto las vacas, dócilmente, acuden a sus puestos. No siempre la canción va dirigida al ganado, pues igual que en las Zafras tienen como principal objeto estimular al mismo cantador, que conlleva los padecimientos de la faena con su propio canto. Las canciones de vaquería, contrario a las Zafras, circunscritas a la Sabana de Bolívar y regiones aledañas, se acostumbra en todas las regiones ganaderas del país: Valle del Sinú, Llanos Orientales, Huila, Magdalena, etc. Su ascendencia española, ha tenido general extensión a donde quiera que se llevó la ganadería en hispanoamérica.

A este mismo tipo de canciones podríamos asimilar las Décimas, aun cuando estas no tengan el carácter de canciones de laboreo. Los campesinos las cultivan en muchas partes de Colombia: Costa Atlántica y del Pacífico, Santanderes, Huila, Llanos Orientales y otras regiones. Pertenece más que todo al folklore poético, pero la circunstancia de darle cierta expresión melódica —siempre la misma— las suma al género de las canciones. Las Zafras que originariamente se cantaban en las faenas, pueden oírse asimismo en fiestas y cantinas. Su carácter narrativo, vino a parar en tema para contraponer el talento de los improvisadores, sin que en ello tenga gran valor las calidades de la voz.

El hábito de las piquerías, muy generalizado en donde quiera que se canten Décimas, constituye un elemento importantísimo. Se acostumbra a poner como pie de tema y un verso dados, de los cuales los improvisadores han de partir para dar rienda suelta a su inspiración, redondear la Décima, terminando el último verso con el que se ha señalado básico. Los oyentes acompañan en coro los dos últimos versos del improvisador, con lo cual dan tiempo a que el contrincante inicie su Décima partiendo del tono sostenido por éstos. No siempre la piquería está circunscrita a un verso o pie; puede tener por tema un hecho político, histórico, geográfico, novelesco, matemático o de cualquier otro género, en el que se juzga no tanto la capacidad de redondear la Décima, como los conocimientos del cantador. Piquerías hay que pueden durar toda una noche sobre un mismo tema.

